

Coro San Andrés
Capilla María Goretti
Chiguayante

Virginidad, celibato y castidad

07 de Agosto de 2005

José Johnson Mardones
josejohnsonm@yahoo.es

Los tres términos sobre los que centraremos nuestra reflexión han sido motivos de confusiones durante la historia, reduciéndose muchas veces su significado a lo sexual, perdiendo con ello mucho de su sentido y su riqueza. Nuestra reflexión buscará revalorarlos desde una correcta interpretación, para así poder vivirlos adecuadamente. Para hacerlo, desarrollaremos nuestra reflexión a través del siguiente esquema:

1. Virginidad.

- a) Sentido estricto.
- b) Sentido Bíblico.
- c) Sentido cristiano.

2. Celibato.

- a) Sentido estricto.
- b) Sentido Bíblico.
- c) Sentido cristiano.

3. Castidad.

- a) Sentido estricto.
- b) Sentido Bíblico.
- c) Sentido cristiano.

Conclusiones

La virginidad, la castidad y el celibato dicen relación con toda la vida de la persona, incluyendo el aspecto sexual, aunque sin reducirse a ello. Es por eso necesario reubicarlos en un contexto más amplio, que permita vivirlos más integralmente.

1. Virginidad.

a) Sentido estricto.

La virginidad se refiere a la persona que no ha tenido relaciones sexuales. Se trata indistintamente de hombres o mujeres, aunque en el uso común se tiende a referirla a la mujer. Es por lo tanto una condición física, un hecho concreto.

Con todo, no es un hecho menor. El paso de la virginidad a una vida sexual activa marca a toda la persona humana y no sólo su cuerpo. En ese sentido, podemos hablar de la virginidad como una etapa previa a la vida sexual activa, como una etapa de preparación y maduración, que ha de terminar en la apertura al sexo opuesto con madurez y compromiso.

b) Sentido Bíblico.

En el Antiguo Testamento, la virginidad no es muy valorada y se refiere casi siempre a la mujer. Si bien se aprecia que una mujer llegue virgen al matrimonio, esto no es un requisito indispensable. La virginidad como un estado permanente o prolongado más allá de la edad normal es asociada a la esterilidad, y por ello representa una humillación, una realidad dolorosa y difícil. Esto se produce porque, en la mentalidad del Antiguo Testamento, la principal realización de la persona, y sobre todo de la mujer, era la descendencia.

La virginidad tiene también un sentido simbólico. Los profetas representan muchas veces la relación de Dios con su pueblo como las relaciones entre dos amantes. Dios se ha casado con Israel y es un esposo fiel, pero Israel no. Por ello, se asocia la idolatría y la injusticia al adulterio y la prostitución. Desde esta perspectiva, la virginidad se ocupa como símbolo para expresar la total fidelidad y compromiso del pueblo con Dios, a quien pertenece. El pueblo debe ser una virgen, es decir, no entregarse a ningún otro, sino sólo a Dios que ha hecho alianza con él.

En el Nuevo Testamento se evoluciona desde la virginidad vista como una humillación hasta la virginidad como un estilo de vida. Existe en la primera comunidad el grupo de las vírgenes, una especie de vida consagrada femenina de los primeros tiempos de la Iglesia. Esta valoración distinta de la virginidad nace del hecho de ser María madre de Jesús y virgen a la vez, y de la misma virginidad del Maestro. En todo caso, se habla de la virginidad como un estilo de vida, más que como un estado antes del matrimonio.

En cuanto a lo simbólico, los escritos cristianos se mantienen en la línea del Antiguo Testamento. La Iglesia, el nuevo pueblo de Dios, es virgen y ha sido prometida a Dios para un matrimonio eterno, que se consumará al final de los tiempos. El tiempo de la historia, es el tiempo en que la Iglesia debe conservar su virginidad, es decir, su fidelidad a su Maestro y su Dios, para así entregarse intacta y fiel al final de su camino. El Apocalipsis, particularmente, presenta la realización definitiva del Reino como una boda entre la Iglesia y Jesús.

c) Sentido cristiano.

De todo lo dicho, podemos concluir que la virginidad es una etapa de la vida en preparación a la entrega comprometida al otro a través de la relación sexual. Por ello, es una etapa de maduración que requiere cuidado y atención. Esta etapa puede terminar en el matrimonio, o prolongarse durante toda la vida como una forma particular de entrega a Dios y a los demás.

La virginidad como un estilo de vida pretende expresar concretamente el sentido simbólico de la virginidad como fidelidad total y plena a Dios, en espera de la unión definitiva con El. Es por ello valorable y vivida en un sentido que abarca todos los aspectos de la vida. A través de las vírgenes consagradas, todo el pueblo de Dios puede recordar constantemente, el esfuerzo de fidelidad que está llamado a vivir mientras peregrina en este mundo, hasta su realización definitiva.

2. Celibato.

a) Sentido estricto.

El celibato es el estado del hombre soltero. Es, por tanto, una condición jurídica, sin relación directa con la virginidad o con una consagración especial.

La confusión surge por el hecho de que el hombre es virgen durante gran parte de su soltería, e idealmente, hasta el matrimonio. Por ello es posible ser célibe (soltero) y no virgen, es decir, tener una vida sexual activa. Estamos, por supuesto, en el plano de los hechos y no en el de las valoraciones morales.

En general, el celibato es un tiempo de preparación al matrimonio, aunque en algunos casos, como el de los religiosos, sacerdotes y otros, el celibato puede extenderse por toda la vida, transformándose en un estilo de vida.

b) Sentido Bíblico.

La Biblia no tiene un término para célibe o soltero. Es por ello que cuando Jesús habla de los que han decidido no casarse "*por amor al reino de los cielos*" (Mt. 19, 12), el texto toma prestada una palabra poco adecuada, pero que trata de suplir la ausencia de un término mejor. La palabra que ocupa es "eunuco". Eunucos eran los hombres castrados para cuidar un harem o los niños que se castraban para que no perdieran su timbre de voz. Jesús, por supuesto, no está hablando de los castrados, sino de aquellos que no se casan para poner toda su vida y todas sus fuerzas al servicio del Reino.

Lo común en el pueblo de Israel era que un hombre se casara desde los 12 años en adelante. Los célibes eran muy escasos, pero existían, como en el caso del profeta Jeremías. Jesús fue célibe y probablemente también Juan Bautista. En los tres casos el celibato libremente elegido tiene un sentido fuertemente simbólico. La entrega a la tarea de servir al pueblo y guiarlo según la voluntad de Dios es tan radical que estos personajes buscan la disponibilidad total y completa, eligiendo no casarse para dedicarse completamente a la misión de profeta. San Pablo alabará el celibato y el mismo era célibe, como una situación más libre para servir a Dios, aunque reconoce que este estado requiere un llamado y un don especial de Dios (carisma).

c) Sentido cristiano.

El cristianismo señala al matrimonio como el espacio adecuado para vivir una vida sexual activa. Por ello, el celibato debiera ir de la mano con la virginidad. El celibato es el tiempo para prepararse y madurar una entrega

plena y comprometida hacia una mujer concreta, que ha de realizarse en el matrimonio.

Con todo, el celibato también constituye una forma de vida, plenamente entregada al servicio del Evangelio. No es mayor ni menor que el matrimonio, sino sólo una forma diferente de vivir la sexualidad que requiere un don especial de Dios para ser vivido sanamente. Este estilo de vida es exigido actualmente a los sacerdotes (presbíteros) y libremente asumido por los religiosos. En otras épocas los sacerdotes podían casarse, y esto sigue siendo así en la Iglesia Ortodoxa. Al tratarse de una condición jurídica y no física tiene razones disciplinarias, las que pueden variar si la Iglesia lo juzga oportuno.

Así y todo, el celibato como estilo de vida ha estado presente siempre en la comunidad Cristiana, desde Jesús en adelante, como un signo de total entrega al llamado de Dios y una mayor disponibilidad al servicio del pueblo y la construcción del Reino de Dios.

3. Castidad.

a) Sentido estricto.

La castidad no es un estado físico (como la virginidad) ni un estado jurídico (como el celibato), sino una virtud. Esta virtud tiene relación con orientar la afectividad de manera positiva e integradora. Incluye la orientación de los deseos sexuales, pero va más allá de ellos. Se trata, en el fondo, de vivir los sentimientos, las emociones y la vida afectiva con honestidad, transparencia y una recta intención. El mundo afectivo debe expresarse, pero no debe ser el elemento que guíe nuestra vida. Los afectos deben ordenarse por un ideal mayor, por opciones de vida y por la coherencia con ellas. Eso es lo que busca la castidad.

b) Sentido Bíblico.

La Biblia no tiene un término preciso que agrupe la idea de castidad. Sin embargo, varias palabras en ella expresan ideas similares: fidelidad, corazón sincero, rectitud, justicia, etc. Jesús dirá que el verdadero servicio a Dios no depende de un lugar, sino de que se haga "*en espíritu y verdad*" (ver Jn. 4,23-

24) y alabará también a los de corazón limpio, porque verán a Dios (ver Mt. 5, 1ss).

Tanto la ley de Moisés como San Pablo darán consejos sobre cómo ordenar los afectos rectamente, esfuerzo que debe hacer todo creyente honesto. Por eso, la castidad no es una virtud a cultivar sólo por los célibes o las vírgenes, sino por todo el pueblo de Dios.

c) Sentido cristiano.

La castidad es en el cristianismo una virtud principal, de la que dependen todas las otras. Sin un adecuado ordenamiento de los afectos, es muy fácil que las buenas intenciones se deformen, transformándose en soberbia, afán de poder, intolerancia o egoísmo. En cuanto a la vida afectiva y sexual, la castidad busca que la sexualidad sea vivida con honestidad, transparencia y una entrega al otro libre y comprometida. Siendo distintas las formas de vivir la sexualidad, también resulta distinta la forma de vivir la castidad, según el estado de vida de cada creyente:

Los que viven en la virginidad deben buscar ordenar sus afectos, en preparación a una entrega plena y sin reservas, a través del compromiso con una pareja del otro sexo, formulado en términos absolutos y totales (totalmente y para siempre), o a través del compromiso con el pueblo, sin reservas ni egoísmos.

Los célibes viven la castidad con una mirada sobre la afectividad libre de prejuicios y sospechas, sin exclusivismos, sino abierta a todos y cada uno. En el caso de los célibes orientados a la vida matrimonial, la castidad se manifiesta en la búsqueda honesta de una compañera de vida, proyectando las relaciones de pareja hacia el matrimonio y la familia, y no como una simple sucesión de parejas que no busca más que compensar las carencias afectivas o satisfacer el placer, sin una entrega real.

En los célibes por libre elección, la castidad implica un trabajo permanente de purificación de las intenciones y los afectos. Al no tener a nadie en exclusiva como objeto de amor y deseo, la afectividad se vive sin

exclusividades de ningún tipo, sino con total apertura y disponibilidad, en función de una mayor entrega al Reino de Dios y al mensaje de Jesús.

Por último, es importante recordar que los religiosos y religiosas no se comprometen a vivir la virginidad o el celibato, sino a la castidad. Esta castidad es buscada a través de un estado de vida que se aparta de lo común, es decir, que no implica la unión matrimonial ni una vida sexual activa. Este estado es un medio, no un fin, el fin es una afectividad bien ordenada, un amor y una entrega vividos castamente, es decir, con honestidad y transparencia.

Conclusiones

De lo reflexionado, podemos descubrir que la virginidad, el celibato y la castidad no son sinónimos, sino realidades distintas que se relacionan de alguna forma con la afectividad y la sexualidad, pero que van más allá de ella. El valor de fondo es la castidad, la honestidad de vida y una afectividad integradora y plena, es decir, la castidad no se trata de un hecho físico, ni de una situación legal, sino de un camino de crecimiento e integración que abarca toda la persona y toda la vida, a imitación de Jesús, que nos amó plena y honestamente y nos enseñó a amar de la misma manera a los demás.